

que llegan hasta el plano constitucional, en todas las propuestas subsiste un elemento unificador: el ejercicio de la autonomía indígena.

Tanto Burguete como Aubry y Esteve se han adentrado en el tema desde una doble posición que combina el punto de vista académico con la práctica y el trabajo cotidianos dentro de comunidades específicas; sus ensayos dan cuenta del amplio conocimiento que poseen sobre la materia e invitan a profundizar en un debate del que, en buena medida, dependerá lo que signifique ser indio en el México del siglo XXI.

Desde tal perspectiva, me parece que si todo esfuerzo encaminado a revisar experiencias autonómicas resulta bienvenido, adquiere especial relevancia cuando detrás de él hay trabajos sólidos y documentados como los que encontramos en *Mayan Lives and Mayan Utopias. The Indigenous Peoples of Chiapas and the Zapatista Rebellion*.

Diana Guillén
INSTITUTO MORA

Cristina Palomar Vereza, *En cada charro un hermano. La charrería en el estado de Jalisco*, Gobierno del Estado de Jalisco, Guadalajara, 2004.

Desde las perspectivas antropológica, regional y de género, Cristina Palomar Vereza analiza cómo y por qué la imagen del charro llegó a considerarse la representación de la mexicanidad. Examina cuáles son los orígenes de la palabra charro, sus usos, sus imágenes, por qué surge, cómo se negoció, y cómo se ha ido configurando a través del tiempo y del espacio para en-

tablar los nexos con la construcción del Estado revolucionario, los discursos nacionalistas y la masculinidad moderna.

Su objetivo es delinear el significado actual de la charrería por medio de un examen detallado de la dimensión simbólica sobre las "visiones, opiniones, versiones, posturas y personajes para mostrar las identidades actuales, conflictivas, fragmentadas, provisionales y complejas" (p. 30).

Parte del argumento de que

el mundo charro es un fenómeno cultural extraordinariamente rico y de alta complejidad cuya homogeneidad es sólo aparente, ya que en su interior coexisten diferentes facciones, posiciones, visiones y opiniones que lo tornan heterogéneo y hacen apremiante para sus miembros la necesidad de negociar y pactar permanentemente para salvaguardar el sentimiento de unidad (p. 32).

Palomar sostiene que el charro "debe ser visto como un personaje que representa mucho más que un mero estereotipo de folclor regional" (p. 22) porque tiene dimensiones históricas y económicas. Éstas incluyen las actividades agroganaderas desarrolladas desde el siglo XVI; además de diversos elementos que abarcan cierto tipo de estética, artesanías, música, baile, literatura, pintura, poesía, gastronomía y el tequila, y, finalmente, de deporte.

A lo largo del libro sostiene que la charrería estuvo a punto de desaparecer por las fuertes amenazas de la política revolucionaria a favor del reparto agrario durante la década de 1920, por lo que hacendados y rancheros buscaron la manera de preservar un mundo campirano romantizado por medio de la tradición. Para que fueran incorporados a la construcción de la identidad nacional, los cha-

ros tuvieron que negociar su rebeldía y autonomía regional por una disciplina incorporada al Estado a través de asociaciones charras tradicionales y modernas que promovieron su cultura por medio de rituales simbólicos y públicos como fiestas –patrias y religiosas–, desfiles –día del charro desde el 14 de septiembre de 1931–, charrerías y deporte desde 1933. Esta disciplina e institucionalización les permitió recibir donaciones de tierra para sus lienzos, capillas y oficinas.

Por tanto, para Palomar la tradición y el deporte son los dos elementos fundamentales para entender la charrería. De acuerdo con la autora, para que se convierta en tradición se requiere de un origen y un mito. Este último da cuenta del origen y se inicia un proceso incesante de construcción y reconstrucción de un pasado idealizado. Estas dos características distinguen a los charros-que-charrean-por-amor-a-la-charrería y aquellos-que-lo-hacen-por-dinero.

De acuerdo con la autora, esta tradición inventada va ligada a una comunidad imaginada con ideales y valores tales como patriotismo, guadalupanismo, caballerosidad, aristocracia, fraternidad, amistad, amor al caballo, respeto a las tradiciones (pp. 27, 29). Promueven la monogamia, el patriarcado, la subordinación femenina y una maternalismo exaltado (p. 170). Pero igualmente utilizan símbolos como la Virgen de Guadalupe, la bandera, los caballos, la pistola.

El libro está dividido en cuatro capítulos para examinar el espectáculo charro, su producción imaginaria, los charros en Jalisco, y la charrería como espacio de producción y actuación de género.

Es de gran valor el análisis que realiza sobre las representaciones simbólicas, el

performance, el uso del cuerpo y del vestuario, y de la construcción de la masculinidad moderna charra. Una lectura detallada de las charrerías, la vestimenta, los gestos, los movimientos del cuerpo, la literatura y las entrevistas le permitieron examinar los distintos elementos que componen este mosaico y hacer una comparación con lo propuesto por George Mosse en el libro *The Image of Man. The Creation of Modern Masculinity* (1996). Afirma que la exhibición charra, la caballerosidad y el concepto de honor son producto de un proceso de construcción histórica de la imagen de la masculinidad moderna mexicana, ya que tienen elementos de rituales de otros periodos e ideales tradicionales y modernos, y mestizos; por lo tanto, las actividades deportivas son una forma de regulación y contención de la agresión y violencia masculina.

Además de analizar el papel de la charrería en el imaginario social, la autora revisa el impacto que tuvo el cine mexicano y del exterior en la construcción del estereotipo del charro. Puntualiza que el cine nacional presentó a los charros con una fuerte carga de virilidad, con hombres groseros y machos. Sus entrevistas mostraron que no todos los charros están de acuerdo con esas representaciones porque no van con sus ideales de fraternidad y respeto.

En diferentes partes del libro se establecen los nexos de los charros con los criollos de abolengo del siglo XVI y XVIII y con los hacendados en la región de Los Altos de Jalisco. En otras secciones de la obra, como en el capítulo tres, se vincula a los charros con los rancheros por el aislamiento, el individualismo, la autonomía, su ética recia al trabajo y su catolicismo que

ha caracterizado a ambos grupos. Podría decirse que entre charros-hacendados y charros-rancheros existen diferencias de clase social significativas. Acertadamente, Esteban Barragán, en su libro *Más allá de los caminos*, mostró que los rancheros al salir de su mundo rural no siempre eran bien vistos en un contexto urbano. Sobresale que los charros buscaron reglamentar su vestimenta para distinguirse de los no charros y que fueran aceptados dentro de la cultura nacional, por lo tanto, ser los representantes de la mexicanidad. Sin embargo, queda la pregunta, además de las diferencias de clase entre los charros-hacendados y los rancheros ¿qué otras existen?

Uno de los puntos más sólidos de la obra es su análisis de género sobre los símbolos de la pareja del charro y la china poblana que se unían por medio del baile del Jarabe Tapatío. Palomar argumenta que, como símbolos, esta pareja condensaba los múltiples rasgos de grupos y regiones que el nuevo Estado revolucionario buscaba unificar en un discurso hegemónico: vincular etnias, clases sociales, sexos, creencias y regiones. Por una parte, el charro personificaba la modernidad, la masculinidad, lo mestizo, lo poderoso y al Occidente. Por otra parte, la china poblana representaba el pasado, la femineidad con diversas fuentes de origen, la subordinación y el Oriente. Lo que sobresale de este recuento es que la

modernidad trajo la importancia de la estructura del cuerpo y el énfasis en el vestuario y los adornos, los cuales visualizan qué es masculino, charro y femenino. La presencia de la china poblana ha ido desapareciendo y sustituida por la charra y la ranchera. Sus trajes no han sido tan estrictamente regulados, como los del charro que sí han permanecido.

Finalmente, Palomar evalúa cuál ha sido la participación de las mujeres en la charrería, quienes han pasado de sólo espectadoras, de ornamento, a activas participantes en las escaramuzas. Sin embargo, la construcción cultural y de género de los diferentes rituales en las charrerías no ha cambiado sustancialmente, ya que a las mujeres se les ha permitido que participen en las charrerías, pero sus prácticas no son consideradas como parte de las competencias porque éstas son exclusivas de los hombres. Por tanto, si las mujeres silenciosamente están pugnando porque se las incluya en las competencias deportivas, se están gestando cambios en las representaciones culturales y nacionales.

Es un libro que recomiendo ampliamente y que no solamente será de utilidad en programas universitarios, sino también puede ser de gran interés para el público en general porque estudia el nacionalismo y las identidades del mundo charro.

María Teresa Fernández Aceves
CIESAS-OCCIDENTE